



REVISTA

MÉDICO-FARMACÉUTICA

AÑO IV

CASTELLON 27 DE FEBRERO DE 1883

NÚM. 114

SUMARIO.—SECCION CIENTIFICA: Etiología y tratamiento de la fiebre tifoidea.—REVISTA CIENTIFICA: Los baños tibios aromáticos en el reumatismo articular agudo.—Reducción de las hernias estranguladas por las inyecciones subcutáneas de morfina.—Balano-postitis de los diabéticos.—Bibliografía.—VARIEDADES. La medicina en el porvenir, (continuación).—CRONICA.—PUBLICACION RECIBIDA.—Cubiertas, anuncios.

SECCION CIENTIFICA

ETIOLOGIA Y TRATAMIENTO DE LA FIEBRE TIFOIDEA

Desde inmemorial, la fiebre tifoidea, bajo sus multiples formas, ha constituido el azote del viejo continente.

Ya bajo el caracter endémico, ya bajo el epidémico, la tenemos siempre delante, desafiando nuestro orgullo y arrebatándonos numerosas víctimas.

Calculad, pues, si estará trillado el asunto; recordad la variedad de métodos de curación que tendreis presentes para combatirla; acumulad los centenares de medicamentos que cada día se suceden en son de específicos, y después de todo me motejareis de ridículo, al leer el epígrafe que encabeza este artículo.

Pero si de nuestro carácter sintético impresionable, descendemos á la serenas regiones del análisis, estoy seguro que retirareis esa palabra, concediéndome, sino toda la razon, á lo menos gran parte de ella.

La mejor prueba de nuestra impotencia para curar esta enfermedad, la más clara idea de la imperfección de nuestros medios para atacarla, es esa discusión continua á que ha dado lugar en Academias, Congresos y periódicos. Y si no, recordad lo que ha pasado con otras enfermedades. Juan de Vigo, Clowes, y Paracelso emplearon los primeros en el siglo XVI, el mercurio para la curación de la sífilis; y sin embargo

de haber trascurrido tres siglos, el mercurio continúa siendo hoy el medicamento por excelencia para combatirla.

En vano han tratado de destronarle, sabios tan eminentes como Ferguson, Frike, Cullerier, Desruelles y otros; él ha continuado, á pesar de todo, siendo el medicamento favorito de todos los médicos del mundo, para curar la sífilis.

Desde hace algunos años, Charpentier, Arrastia, Ricord, Desmares, Heifelder y Viñeta Ballserra, han querido sustituirle por el bicromato potásico; pero éste, á excepción de casos especiales, quedará desterrado de la práctica y el mercurio quedará en pié.

El por qué, buscadlo en su eficacia curativa.

Ved la quina y sus alcaloides, prevalecer desde el siglo XVII en que se trajo á Europa; y á pesar de los Declats que la han atacado de frente, ha permanecido impertérrita y victoriosa en el campo de la farmacología, para combatir la malaria.

Esto prueba, que cuando una enfermedad encuentra un remedio seguro, aleja la discusión yá, como inútil y perjudicial.

No ha sucedido así con la fiebre tifoidea; hoy como ayer, continúa discutiéndose sobre ella, y entre las brumas de la duda desprendida de crueles desengaños, suele destacarse algún rayo de luz, destello del genio de la ciencia.

Pero como nuestro deber es aportar á las páginas de LA REVISTA cuantos adelantos se realicen por pequeños que sean, nos complacemos en dar á conocer el estado actual de la ciencia, en lo que hace relación á los dos extremos que abarca el epígrafe de este artículo.

En cuanto á la etiología, existen dos tendencias, apoyadas las dos por eminentes médicos. Son unos, partidarios del origen telúrico, y otros del parasitario; entre los primeros, figuran M. de Cereville, Henoque, Soyka (de Munich), etc., y entre los segundos, M. Landowski (d' Alger), Duplessis (de París), y otros muchos.

Apóyanse los unos en que la escasez de aguas potables, la existencia de los depósitos de las letrinas, el encharcamiento de agua en los sumideros y las variaciones hidrológicas del subsuelo, son las circunstancias que casi siempre determinan la aparición de la mortífera epidemia.

Fundánse los demás en el carácter eminentemente infeccioso y contagioso de dicha enfermedad, pretendiendo que las condiciones antes nombradas, son circunstancias abonadas para el desarrollo del microbio tífico.

Mas es lo cierto, que hoy la teoría telúrica es la que prevalece, siendo, en mi humilde concepto, la que reúne más sólidos fundamentos.

La pretensión de M. Duplessis, de haber encontrado la bacteria tifógena, no ha sido confirmada posteriormente. A pesar de las minuciosas investigaciones de M. Pasteur con este objeto, no ha podido encontrar dichos microbios en la sangre de ocho tifoideos, muertos en la clínica del Doctor Proust.

Voy, en cuanto al tratamiento, á reproducir la opinión eminentemente

prác
dici
Ba
circu
duo,
D
prim
segu
de e
M
táble
men
Es
ment
uno
ment
los
A
mos
agre
trata
llena
Co
vina
rias;
El
tifici
acció
dos
alcan
minu
Pe
remi
un g
á cua
recon
tónce
los a
anti
Ja
porqu
do sa
Pr
secut
por e
(1)

práctica de Mr. Jaccoud, emitida recientemente en la Academia de Medicina de París, (1).

Basa el tratamiento el sábio clínico del hospital Lariboisiere, en dos circunstancias patológicas, independientes de las condiciones del individuo, á saber: en la adinamia y en la calorificación anormal.

De estos dos caracteres se desprenden dos indicaciones terapéuticas: primera, reparar y sostener las fuerzas del enfermo desde el principio; segunda, sustraer parte del calor producido y disminuir la producción de este calor.

M. Jaccoud llena estas dos indicaciones, desde el momento en que establece el diagnóstico, sea la que quiera la intensidad de los síntomas ya mencionados.

Este tratamiento comprende dos partes; la una constante, y es la alimentación con caldo, vino y leche, la que hace tomar en la cantidad de uno á dos litros por día.—Independientemente de sus propiedades alimenticias, este líquido aumenta la diuresis, previniendo de este modo los accidentes especiales que resultan de la retención de orina.

Administra, en segundo lugar, el alcohol, á la dosis de 30 á 80 gramos diarios en una poción, para tomar á cucharadas; á la que suele agregar tres ó cuatro gramos de extracto de quina; continuando este tratamiento invariablemente, durante todo el curso de la enfermedad, llenando de este modo la primera indicación.

Con el objeto de combatir la fiebre, prescribe lociones de agua con vinagre, ó mejor con vinagre aromático, en número de cuatro á seis diarias; siguiéndolas infaliblemente un descenso de temperatura.

El efecto de estas lociones es constante; y aunque la remisión sea artificial, aunque la refrigeración sea temporal, lo cierto es que ejercen su acción directamente sobre el proceso calorígeno, consiguiendo al cabo de dos ó tres días, no solo un efecto antitérmico, sino una acción antifebril; alcanzando de este modo la sustracción del calor por una parte y la disminución de su producción por otra.

Pero cuando la fiebre tifoidea reviste un carácter grave, cuando las remisiones matinales no hacen descender la curva termométrica más de un grado, cuando los recargos vespertinos elevan la columna mercurial á cuarenta ó más grados, cuando se presenta gran debilidad cardíaca reconocida por el estigmógrafo, ó bien por la exploración directa, entonces interviene más activamente, asociando á la anterior medicación los antipiréticos, del siguiente modo: procura obtener el mayor efecto antipirético con la menor dosis posible del medicamento.

Jaccoud, prefiere para este fin el bromidrato de quinina al sulfato, porque fatiga menos el estómago; algunas veces lo reemplaza por el ácido salicílico.

Procede para su administración por series de tres ó cuatro días consecutivos, dejando entre dos series un intervalo de cuarenta y ocho horas; por ejemplo: el primer día dá de gramo y medio á dos gramos; el segun-

(1) Sesión de 6 de Febrero de este año.

do, de un gramo á gramo y medio; deja luego un intervalo de cuarenta y ocho horas, después del que vuelve á comenzar una nueva serie, y así sucesivamente.

Cualquiera que sea la dosis del medicamento, su totalidad debe ser administrada en treinta minutos; él, la dá por la mañana, desde las diez hasta las diez y media; y por la noche de nueve á nueve y media. En algunos casos, M. Jaccoud procura obrar exclusivamente sobre el calor de la mañana, hasta que la fiebre llegue á su altura normal.

Ha visto, constantemente, bajo la influencia de esta medicación, ya desde la mañana á la noche ó viceversa, un descenso de temperatura de uno á dos grados. Después de una ó dos series medicamentosas, se vé la curva termométrica, evolucionar definitivamente por debajo de su nivel primitivo, siguiendo así, mientras dure la fiebre.

En cuanto á la razón de elección entre la quinina y el ácido salicílico, Jaccoud dá la siguiente: los dos medicamentos, tienen una acción anti-térmica bastante igual; el ácido salicílico tiene la propiedad de disipar los accidentes, que resultan de la retención excrementicia de la orina, favoreciendo además la eliminación de los productos azoados de este líquido; por otra parte, tiene también propiedades antisépticas altamente convenientes para la enfermedad de que se trata.

Por lo tanto, lo prefiere á la quinina siempre que las condiciones de la enfermedad se lo permiten, no existiendo contraindicaciones como el alcoholismo, accidentes cerebrales violentos, debilidad del corazón, congestiones renales é intensidad de los síntomas torácicos.

Cuando se presentan congestiones pulmonares pasivas, las combate por la aplicación de 40 ó 60 ventosas secas, aplicadas en los miembros inferiores y sobre la base del torax.

Jaccoud ha seguido este método curativo en 655 enfermos, no teniendo que deplorar más que 71 defunciones, es decir, una mortalidad de 10'83 por 100.

¿Cuál es el valor de este resultado? se pregunta el sabio patólogo parisien. Para juzgarlo sería preciso conocer la cifra que arroja, la mortalidad natural de la fiebre tifoidea, abandonada, digámoslo, así, á ella misma. Para determinarlo de una manera aproximada, sería necesario eliminar las numerosas causas de error, que contribuyen á la formación de estadísticas incompletas, resultado de epidemias aisladas. Es preciso poder juzgar sobre casos bastante numerosos; se puede llegar á una apreciación suficientemente exacta, si se opera sobre cifras muy elevadas, en las que se excluyan los casos en los que se ha empleado un tratamiento enérgico capaz de modificar la naturaleza y la terminación de la enfermedad; utilizando al mismo tiempo las series de observaciones que provengan de países y climas diversos.

Teniendo en cuenta todas estas condiciones, M. Jaccoud ha podido reunir un total de 80.140 casos, dando una mortalidad de 19,23 por 100.

He aquí, pues, la mortalidad de la fiebre tifoidea abandonada á los solos esfuerzos de la naturaleza; comparéense estos resultados, con los del

trata
M
enfer
E
errón
ment
á su
tica,
febril
La
sin f
H
teme
ducta
gran
La
aplic
ces s
cont
antes
repet
lico.
R
bro,
nan
en d
H
los n
ces s
se le
E
jar c
que
todo
inter
¡G
por
pued
E
dos
H
nica
méd.
E
que
me l

tratamiento que exponemos y se notará la diferencia que los separa.

M. Jaccoud protesta contra los excesos terapéuticos aplicados á esta enfermedad, en la época de perturbación que atravesamos.

Esta época comprende dos fases distintas: el exceso ha partido de la errónea creencia de que la enfermedad está constituida sola y exclusivamente por la fiebre; dirigiendo el médico todos sus esfuerzos para reducir á su mínimum la temperatura. Este error se ha traducido en la práctica, administrando dosis exageradas de los medicamentos llamados anti-febriles, especialmente de la quinina.

La idea de estos médicos ha sido hacer evolucionar *la fiebre tifoidea, sin fiebre*, «el tifus sin fiebre» copiando la frase de un médico alemán.

Han llegado las cosas á tal extremo que Liebermeister, que dá frecuentemente de una vez hasta tres gramos de quinina, ha condenado la conducta de sus colegas que no han reparado en propinar cuatro ó cinco gramos en las veinte y cuatro horas.

La otra fase, de más graves consecuencias que la anterior, es la de la aplicación de la teoría parasitaria á la patología y terapéutica. Entónces se realiza un verdadero desenfreno de excesos terapéuticos; no se contentan con multiplicar las dosis de los medicamentos antipiréticos; antes que todo es preciso matar el microbio, causa de todo el mal, con repetidos golpes de quinina combinado con el ácido fénico y salicílico.

Reflexionemos la acción que estos medicamentos ejercen sobre el cerebro, el corazón y los pulmones, y se comprenderá el perjuicio que ocasionan semejantes asociaciones, en las que cada uno de los remedios se dá en dosis elevadas.

Hemos visto reproducirse, bajo la influencia del sistema parasitario, los mismos sensibles errores del tiempo de Varosi y de Broussais; entónces se mataba al enfermo en nombre del estímulo y de la irritación; hoy se le mata en nombre del microbio.

Es preciso, pues, para preservarse de tan lamentables excesos, dejar cada cuestión en su verdadero terreno. Cualquiera que sea el papel que juegue el microbio en la génesis de la enfermedad, es preciso, ante todo, examinar al enfermo, y ver de qué modo podrá soportar nuestra intervención terapéutica.

¡Qué importa que la fiebre tifoidea sea producida por un microbio, si por matar este microbio os excedeis en dosis medicamentosas, que no pueden soportar las fuerzas del enfermo!

Es indispensable saber elevar una infranqueable barrera á los atentados homicidas del espíritu de sistema.

Hé aquí, pues, lo que podríamos llamar una brillante lección de clínica terapéutica esplicada por Jaccoud, á lo más escogido de la sociedad médica de París.

El espíritu ecléctico que en ella domina, los desapasionados juicios que se emiten, hijos de un severo estudio y de la concienzuda práctica, me ha movido á darla á conocer á mis lectores, con la esperanza de que

les ha de ser altamente provechoso un tratamiento que reune cuantas condiciones podamos apetecer.

J. Chillida Meliá.

Revista científica

Los baños tibios aromáticos en el reumatismo articular agudo.—Reducción de las hernias estranguladas por las inyecciones subcutáneas de morfina.—Balano-postitis de los diabéticos.

Se han preconizado para combatir el reumatismo articular agudo, numerosos remedios, cuya eficacia no es, con mucho, tan segura como han pretendido los partidarios de determinados medicamentos, tales como el ioduro potásico, el ácido salicílico, los salicílatos, la quinina, etc., etc.

Uno de dichos medios que casi se ha relegado al olvido, es el baño tibio que, según el señor Calvet Nava, le ha dado excelentes resultados, entre otros varios, en los dos casos siguientes que publica en la *Gaceta Médica Catalana*, precedidos de algunas atinadas consideraciones sobre el tratamiento de dicha enfermedad:

«A. A. J., de 43 años de edad, temperamento linfático nervioso, constitución mediana, sin antecedentes hereditarios, y obligado por la clase de trabajo á que se dedicaba á permanecer largos ratos en sitios húmedos, se vió invadido repentinamente, á mediados de Junio, por dolores en las articulaciones de la rodilla (en particular la derecha), la que se presentaba con una hinchazón bastante pronunciada, sin alteración en el color de la piel, y sin que se notara tampoco, por el tacto, en el interior de aquella, fluctuación que denotara derrame; los movimientos eran difíciles por el dolor, que aumentaba por la presión. Había de 110 á 120 pulsaciones por minuto y una temperatura de 39° á 39° y décimas; lengua cubierta de una capa saburral, extrañimiento y sudores de olor especial.

En vista del cuadro de síntomas anteriores (y atendiendo á los antecedentes), se diagnosticó un *reumatismo articular agudo*.

Se le formuló un ligero laxante el primer día, empezando á administrarle luego el ioduro potásico al interior, haciendo friccionar las articulaciones con bálsamo Opodeldoch, las cuales se cubrían después con una ligera capa de algodón y una franela encima.

Durante los dos ó tres primeros días, el dolor y la fiebre ofrecieron sólo ligeras oscilaciones, sin que apenas rebajara tampoco la hinchazón. En vista de ello se suspendió el ioduro potásico, sustituyéndolo por el ácido salicílico (1 gramo) y tintura de digital. Más tarde se elevó el

ácido
á pa
L
susti
gran
cata
ron
carb
ve e
A
cons
ticol
tópic
D
en la
entr
S
sico,
L
lor s
ya e
habe
baño
do lo
A
como
nes),
dos g
habe
acus
mal;
S
cual
D
«S
ción
ferm
dolo
Se q
da,
los r
L
na r
cuen
extr
nada

ácido salicílico á 2 gramos, y se añadió una tisana alcalina para beber á pasto.

Los resultados obtenidos fueron casi nulos, por lo que determinamos sustituir el ácido salicílico por el salicilato sódico, cuya dosis, desde un gramo, fué elevándose sucesivamente hasta tres, aplicando localmente unas cataplasmas preparadas con miga de pan y carbonato potásico, que fueron después sustituidas por compresas empapadas en una disolución de carbonato potásico, cuidando al mismo tiempo de mantener un calor suave en la articulación.

A los dos días había desaparecido el dolor de la rodilla, si bien se conservaba algo hinchada, pero en cambio se había presentado en la articulación del codo del lado opuesto. Igual tratamiento al interior, y tópicamente.

Disminuyó el dolor en el codo, pero aumentó, así como la tumefacción, en la rodilla. La temperatura se mantenía entre 38° y 39° y el pulso entre 110 y 120.

Suspendiendo el salicilato sódico, volvimos el empleo del ioduro potásico, pero uniéndole el bromuro con el fin de favorecer su acción.

Ligera mejoría, pero sin adelantar gran cosa, pues el pulso y el calor seguían á igual altura; solo el dolor había disminuido algo. Llevaba ya el enfermo diez y seis días con estos tratamientos. Acordándome haber leído los beneficiosos efectos que determinaban en esta afección los baños templados, determiné continuar el ioduro y bromuro, pero uniéndolo los baños tibios aromáticos de 20° á 25° y de media hora de duración.

Al tercer día el dolor había desaparecido, dejando sólo una ligera incomodidad en la rodilla; la fiebre se había mitigado (38° 100 pulsaciones); fuimos aumentando la dosis del ioduro y bromuro hasta llegar á dos gramos de cada uno y continuando los baños. A los cinco días de haber empezado estos últimos, el paciente se levantaba de la cama sin acusar ningún dolor; el aspecto y juego de las articulaciones era normal; la apirexia era completa, y reapareció el apetito.

Se continuó el tratamiento durante algunos días más, después de los cuales se suspendió por encontrarse el sugeto curado.

Desde 1.º de Julio no ha reaparecido dolor ni alteración alguna.»

«Sebastián N., de 40 años de edad, temperamento linfático, constitución aparentemente robusta, y sin antecedentes de haber sufrido más enfermedades que unos ligeros dolores en las articulaciones hacía dos años, dolores que se atribuyeron al reumatismo, y como á tales se trataron. Se quejó á mediados de Agosto de un fuerte dolor en la rodilla izquierda, que se aumentaba durante la noche, así como por la presión y por los movimientos.

La articulación se presentaba muy aumentada de volumen, con alguna rubicundez y no podía apreciarse fluctuación. El pulso duro y frecuente (120 á 130); la temperatura aumentada; sed; lengua saburral; estreñimiento; insomnio, debido á los dolores. Auscultado el corazón nada percibimos que denotara complicación cardíaca.

Por el estado del enfermo y sus antecedentes, diagnosticamos un *reumatismo articular agudo*.

Día 13. Limonada de citrato de magnesia.

Día 14. Pulso á 120; temperatura á 39°; estreñimiento; lengua saburrosa; orina escasa y densa.—Por la tarde el mismo estado. Salicilato sódico 2 gramos, agua 150; fricciones en las articulaciones con bálsamo Opodeldoch cloroformado, una capa de algodón y una bayeta encima.

Día 15. Ningún resultado. El enfermo no ha orinado; pulso y temperatura igual; el dolor de la articulación no ha disminuido; el aparato digestivo más regularizado; ha habido una deposición. El mismo tratamiento.

Día 16. Continúa del mismo modo con ligeras remisiones, apenas notables; temperatura y pulso igual; orina densa y escasa.

Día 17. Aumento del salicilato á tres gramos; localmente cataplasmas de miga de pan con carbonato de potasa y algunas gotas de láudano.

Los días 18, 19 y 20 siguió el mismo tratamiento, sin que, á excepción de algunos ratos en que el dolor disminuía algo, se notara gran diferencia.

Día 21. Suspensión del salicilato. Bromuro potásico 1 gramo, ioduro potásico 1 gramo, agua destilada 120 gramos.

Días 22 y 23. Igual medicamento. Resultado nulo.

Día 24. El mismo estado. Baño aromático, á la temperatura de 30 grados y de media hora de duración, envolviendo después de éste la articulación en una delgada capa de algodón. Durante la noche durmió perfectamente.

Día 25. Igual tratamiento interior; dos baños de 20° á 24°, uno por la mañana y otro por la tarde.

Día 26. La hinchazón articular ha disminuido bastante; el dolor ha calmado mucho; el enfermo ha dormido bien; temperatura á 38°; pulso á 100; orina abundante y más clara.

Día 27. Adelanta marcadamente la mejoría; la articulación presenta un aspecto casi normal, los dolores apenas se notan, permitiendo el juego de la misma, aunque no de un modo completo; pulso á 74, temperatura á 37°2; funciones digestivas sin alteración.

Durante tres ó cuatro días se continuó el mismo plan, hasta que, encontrándose el enfermo en estado normal, se suspendió todo tratamiento. Desde entónces el paciente no se ha quejado de dolor alguno, restableciéndose de un modo progresivo el juego articular.»

*
* *

El doctor Lombard de Terrasson envía á la *Gazette des Hopitaux* de París la comunicación siguiente:

«He ensayado el procedimiento del doctor Philippe para la reducción de las hernias estranguladas: Inyecciones subcutáneas de morfina al ni-

vel de la estrangulación. En ocho casos he obtenido seis curaciones. La taxis y demás medios ordinarios se habían empleado ya sin resultado y la kelotomía se ofrecía como único recurso. Dos veces ha sido imposible la reducción y los enfermos han muerto sin querer aventurarse á los peligros de la operación. Es precioso este medio sobre todo en el campo donde la operación de la hernia estrangulada se rechaza á menudo por la familia y donde acostumbran á faltar ayudantes. Si la inyección falla no constituye un obstáculo para intervenir de una manera más activa ni quita ninguna probabilidad de éxito.

Llamado por uno de mis colegas para practicar la operación con consentimiento del enfermo y para la cual todo estaba ya preparado, propuse una inyección de morfina; empleé dos centigramos y un cuarto de hora después reducía con facilidad el tumor que era reciente y de poco volumen.

Algunas veces me he visto precisado á esperar más y á emplear una taxis no forzada, pero sí más enérgica.

Otra vez la inyección de morfina suspendió los vómitos y la taxis no pudo reducir la hernia, teniendo que aplazarse la operación para el día siguiente. Antes de proceder á ella, diez y ocho horas después de la inyección, una taxis vigorosa redujo el tumor. Atribuyo á la morfina cierta parte en esta feliz terminación; y aunque otros puedan negársela, éste es el único caso que se presta á discutir la eficacia de las inyecciones á que me refiero.

En resumen, he empleado ocho veces el método del doctor Philippe, obteniendo éxito completo en seis ó en cinco cuando menos. Creo que estas cifras son elocuentes.

*
*
*

El doctor Oscar Simón, atribuyendo la balano-postitis de los diabéticos á hongos microscópicos alojados entre el glande y el prepucio, aconseja que estos enfermos, como medida profiláctica, se practiquen después de cada micción, lociones con agua común ó adicionada con un poco de ácido fénico y que espolvoreen inmediatamente el interior del saco prepucial con el siguiente polvo desinfectante:

Oxido de zinc.	25 gramos.
Almidón.	25 »
Acido salicílico.	1 »

Además, debe tenerse un aseo esmerado, puesto que la limpieza arrastra el parásito al mismo tiempo que el terreno que le dá origen, que consiste en una mezcla de glucosa depositada por las orinas y de materia sebácea acumulada entre el glande y el prepucio.

Lyon Médical.

BIBLIOGRAFIA

Estudio médico-legal sobre los delitos contra la honestidad, por Ambrosio Tardieu, traducido y anotado por don Prudencio Sereñana y Partagás.

No se ha hecho esperar mucho, felizmente, la publicación del segundo volumen de la Biblioteca Tardieu, con la que el Licenciado don Prudencio Sereñana y Partagás está prestando un importantísimo servicio á la literatura médica de nuestra patria. Comprende cada uno de estos volúmenes un concienzudo estudio sobre las distintas secciones de que consta la Medicina y Cirujía legal; y en verdad, que no ha de ser de poco provecho su lectura para los profesores de España, en donde, como tenemos dicho, aparte del magnífico trabajo del inolvidable don Pedro Mata, son escasos y de poca trascendencia los libros con que contamos dedicados á esa importante rama de las ciencias médicas.

Después del primer libro de la mencionada Biblioteca, que trata del aborto, y del cual ya nos ocupamos oportunamente en esta REVISTA, hemos recibido el que estudia los delitos contra la honestidad. No necesitamos encarecer la importancia y conveniencia del libro en cuestión, pues sabido es, que aunque los vicios de que se ocupa existen desde muy remota fecha y pertenecen de lleno á la Medicina y Cirujía legal, apenas si de ellos se ha tratado en las obras escritas sobre este ramo, y nuestro mismo Mata no les dedica sino muy cortas páginas. Es indudable, no obstante, que ni los preceptos religiosos, ni los progresos de la civilización, ni las severas disposiciones de los códigos, han logrado estirpar esas depravaciones morales y esas monstruosidades físicas que llevan á algunos seres á las más degradantes vilezas y aún á los más horrorosos crímenes. De aquí, pues, el que no sea rara la intervención del médico-legista en asuntos de esta naturaleza, y de aquí, también, la indiscutible utilidad del libro en cuestión, que, inspirado en un espíritu esencialmente práctico, viene á llenar un vacío en los elementos de que podemos disponer, para ilustrar á los tribunales cuando estos recurren á nuestro dictámen pericial para fallar en justicia.

El *Estudio médico-legal sobre los delitos contra la honestidad*, forma un tomo de más de 400 páginas con cinco láminas que lo ilustran, habiendo sido editado con el esmero y buen gusto que tiene acreditados la casa editorial de Francisco Perez, de Barcelona, conocida bajo el nombre de «La Popular».

Los hechos que constituyen el tema del Estudio del doctor Tardieu, comprenden los tres grupos siguientes, que son las tres partes en que la obra se halla dividida:

- 1.º Los ultrajes públicos contra el pudor.
- 2.º La violación y los atentados contra el pudor.
- 3.º La pederastia y la sodomia.

La primera parte, que es la que ménos interés ofrece para los efectos

de la Medicina legal, ocupa breves páginas del libro, y en ellas se estudia lo referente á las fotografías obscenas y á los actos de bestialidad.

En la segunda parte se estudian extensamente la violación y los atentados contra el pudor, precisando de una manera clara los caracteres que distinguen á estos actos y los signos que los dan á conocer y discutiendo cuidadosamente las variadísimas preguntas á que puede tener que responder el médico legista llamado á ilustrar á la justicia en las acusaciones de los mencionados delitos.

Por último, el doctor Tardieu hace figurar en la tercera parte de su Estudio el repugnante cuadro de la pederastia, que, como dice él mismo muy bien, forma el complemento indispensable de su trabajo y al propio tiempo su parte menos conocida.

Aparte de la claridad y buen tino en la exposición que resplandecen en toda la obra del médico-legista parisién y que la hacen digna del mayor encomio, realza, sobre todo, su valor, el estar basada en multiplicadas observaciones, que al autor le ha sido dado recoger en más de nuevecientas peritaciones judiciales para los tres órdenes de hechos que sucesivamente revista bajo el título común de «delitos contra la honestidad.»

Acrescentan, en fin, el mérito del libro de que nos ocupamos, las numerosas y extensas notas de que lo ha dotado su traductor el señor Sereñana y Partagás, al que, si bien nos vemos precisados á hacerle observar algunas faltas en la versión, que en nada afectan al fondo ni á la claridad del original, no podemos menos que darle, por otra parte, nuestra más cumplida enhorabuena, por el señalado servicio que presta á la Medicina española, con una publicación que no dudamos en afirmar que es hoy necesaria á todo médico legista y que es de grandísima utilidad en la biblioteca de todo profesor ilustrado.

R. Ripollés.

VARIETADES

LA MEDICINA EN EL PORVENIR

Continuación.

Até mi caballo á una rama y me entregué á disfrutar de la plácida sombra que me prestaba el corpulento vegetal.

Al lado del árbol y como pidiéndole clemencia, se hallaba un estanque formado por el agua de lluvia, que aunque medio consumido y seco por

los ardientes rayos del sol, conservaba un caudal de agua suficiente para servir de morada á multitud de animalejos.

Allá en el fondo, veíase asqueroso reptil, ocultando su cabeza en el cieno; surcaba, de una á otra parte culebreando, una terrible hidra, persiguiendo una bandada de diminutos renacuajos, que huían precipitadamente de su fiero perseguidor; á la orilla opuesta, oculta entre apretados haces de juncos, roncaba á su placer una verde rana, como enorgullecido de su monótono canto; sobre el agua tranquila y tibia, mecíase una seca caña de maiz, que servía de lujosa embarcación á un enjambre de mosquitos, que ora se elevaban á una prodigiosa altura en la atmósfera, ora bajaban formando una espesa columna, á apoderarse otra vez del muerto tallo de la gramínea.

He aquí, me dije, un peligro. Esta encina maldita es el poderoso cómplice de esos microscópicos seres que habrán nacido al calor de la fermentación, y que aguardarán la oportuna ocasión, de cebarse en cualquier mortal que se acerque á sus venenosas aguas.

Agua de lluvia que ya lleva en su seno, muchas veces gérmenes que más tarde se convierten en seres temibles; multitud de animales que viven y mueren en su turbia linfa; restos de vegetales macerados y reblandecidos; y el calor del sol, obrando con todo su poder sobre este conjunto, bien se puede asegurar, que de aquí no puede salir otra cosa, que un foco epidémico que en pocos días podría cubrir el país de luto y desolación.

Estas gentes son tan sencillas y tan ignorantes y tan testarudas, que cuando uno convoca la junta de sanidad y les denuncia el peligro de la vida, que les amenaza, por el intermedio de estos focos inmundos, dándoles razones que ellos creen pataratas, en vez de adoptar las medidas oportunas, se le rien á uno en las barbas y las cosas continúan como estaban.

Si yo les dijera que una cuadrilla de facciosos, de ladrones ó de demonios, les acechaba para atentar contra su vida, se armarían hasta los dientes y saldrían en su persecución. Pero si les digo que una gota de agua de este estanque, encierra muchos bandidos que suspenden sobre su cabeza la espada de Damocles y que están dispuestos á un duelo á muerte con el hombre, si les digo que hay millones de animalitos que no se distinguen más que con un *vidrio de aumento* como ellos llaman, y que esos invisibles enemigos, son los que ocasionan infinitas enfermedades, me tratarán de loco y tonto, sin que las razones les convenzan en lo más mínimo.

Déjese usted de necedades, dice un morrocotudo concejal; nadie se muere hasta que Dios quiere; *lo que el planeta* de cada uno dice, aquello será.

El mejor remedio para no caer enfermos, es carne y vino al cuerpo, y vengan penas, dice el representante de la propiedad.

Toda la vida hemos estado así; replica otro, alargando desmesuradamente el hocico y dándose tono de sabio; ya nuestros padres y abuelos tenían balsas como la que usted dice, en las que abrevaban los ganados

cuy
car
que
I
méc
I
na
sera
dad
de
A
pas
mi
I
rea
ba
cur
sud
dos
una
que
I
los
I
com
I
per
ace
sup
I
tifi
pue
C
cua
gra
y a
é
sus
cua
bra
las
mos
el a
que
apa
bus

cuya salud Dios guarde muchos años, y sin embargo eran hombres de carne y hueso como nosotros. Con que quédese usted con sus consejos, que nosotros no los necesitamos. (*Resumen de una sesión*).

¡Tienen ustedes muchísima razón!! contesta dolorosamente el pobre médico.

El siglo que viene no sucederá esto, continuaba diciéndome; la doctrina parasitaria habrá ganado muchísimo terreno, y estos conocimientos serán del dominio del vulgo. El médico de entónces, no tendrá necesidad de aconsejar nada á esto parecido, y las juntas de sanidad, repletas de capacidades científicas, obrarán con poder eminentemente ejecutivo.

Absorto en estas meditaciones estaba, cuando el ruido de cercanos pasos me hicieron levantar la cabeza, en el mismo momento en que ante mi vista aparecía un hombre especial.

Llevaba un ancho sombrero de palma, empapado por el sudor, y agujereado en varias partes; la sucia y terrosa camisa de grosero lienzo, dejaba por delante ostentar un velludo y negro pecho; sus desnudas piernas curtidas por el sol, una tez bronceada surcada por abundantes gotas de sudor, unos brazos descubiertos hasta el vientre del biceps, familiarizados por su rojizo color con el astro del día, y colgando sobre sus espaldas una especie de arcos; todo esto daba á nuestro héroe un aspecto original que no dejó de chocarme.

Por lo demás el hábil pincel de Rafael hubiera sacado de él, el tipo de los antiguos atletas: tal era su formidable musculatura.

He aquí, el hombre primitivo resucitado, exclamé; éste debe ser un compañero del mamouth y del oso de las cavernas.

Perdone usted, caballero, me dijo al verme, si.... Nada tengo que perdonarle; me apresuré á contestar; usted es tan dueño como yo de acercarse á este sitio y de sentarse á la sombra de este árbol, si, como supongo, es este el objeto que le ha llevado hasta aquí.

Nada de eso; mucho me sofoca este maldito calor, pero la sed me mortifica todavía más; y al ver este juncal me he dicho: allí hay agua, voy, pues, á beberme una cuba.

Guárdese, pues, de beber, porque podría usted pagar caras las consecuencias, le contesté; estas aguas podrían ocasionarle una enfermedad grave; pues están estancadas, espuestas al sol y con muchas inmundicias y animales que se han podrido en su interior.

¿A eso teme usted? me dijo sonriéndose y dejando asomar por entre sus labios dos hileras de blanquísimos dientes que hubiera envidiado cualquier *damisela* de nuestra sociedad. Ustedes, los señores, acostumbrados á sorber siempre la cristalina agua de la fuente, creen que todas las demás han de perjudicar; pero nosotros, los segadores, que atravesamos centenares de leguas á pie y á veces soledades y desiertos en que el agua escasea más que el oro, bebemos en cualquier charco; y esta balsa que usted tanto condena es para mí un puro manantial en el que espero apagar la sed que me devora. Por lo demás, yo confío mucho en mi robustez, sólo le diré que en mi vida *me han sagrado*; de modo que mi pí-

cara sangre no ha tenido á bien producir hasta ahora ninguna enfermedad en mi cuerpo.

He aquí á un Broussista con un par de hoces, y capaz de sangrar por el cuello á cualquier mortal que le contradiga en sus arraigadas convicciones.

¡Cuánto tenemos que envidiar á los médicos del porvenir! ¡Qué de luchas no sostenemos todos los días con estos rudos campesinos, para hacerles comprender, que la sangre es un líquido inocente y el verdadero elixir de la vida!

La generación médica de principios del siglo, entusiastas por la llamada doctrina fisiológica de Broussais, infiltraron con una práctica de muchos años sus ideas en estas gentes, y no hay nadie capaz de desvanecerlas.

Señor médico, oimos todos los días: tengo sangre asustada en el corazón; me pica toda la piel, esto es sangre; me duelen mucho los ojos, esto es una subida de sangre; tengo fiebre, sángreme usted, sino me sangro yo mismo, etc. etc.

Antes que yo tuviera tiempo para contestarle, se quitó el sombrero, sacudió un instante la superficie del agua, y arrodillándose bruscamente bebió con fruición un buen trago. Enjugóse los labios con el dorso de la mano y saludándome á su manera siguió tranquilo su camino.

Qué tristes reflexiones sugirió á mi mente, el vestido, género de vida y rudos trabajos de aquel pobre segador.

El infeliz ha despreciado mi consejo; y ¿quién sabe si ya en este momento, comienzan las bacterias el trabajo de destrucción de aquel robusto organismo?

El tifus se presentaba en aquel momento en mi imaginación, más mortífero y cruel que nunca.

Aquel pobre hombre confiaba en el vigor de su naturaleza; cuando precisamente los microbios tíficos se ceban con más frenesí en la juventud y la lozanía; despreciando la vejez decrepita, la tierna infancia y el débil temperamento.

En aquel instante comenzó á soplar una suave brisa que hacía gemir las hojas sobre mi cabeza, la parda cogujada alzaba el vuelo á los espacios piando alegremente, las escasas florecillas que habían conservado su vida envueltas en la sombra de la encina, se estremecían de placer al contacto del voluptuoso beso del fresco airecillo.

Yo sentía un indefinible goze, como si sobre mi rostro batieran sus alas las invisibles hadas; mis párpados iban cerrándose lentamente y debí quedar dormido después, á juzgar por las estrañas visiones que me atormentaron.

Efectivamente; un ejército de vibriones, habían atacado al pobre segador; estos ejércitos bien organizados, sometidos bajo el poder de un supremo jefe, dieron muchísimas batallas en aquella robusta organización; apoderándose de todas sus fortalezas en singulares combates, hasta que por último se hicieron dueños del campo ahuyentando la vida.

Tengo hace tiempo escrita esta novelita médica, que ofrezco publicar en las columnas de la REVISTA cuando comience su año nuevo.

La literatura médica del porvenir, se enriquecerá, con este género de producciones y la Medicina, tan árida para el que no tiene la dicha de penetrar sus arcanos, vestirá el ropaje de la poesía, haciéndose atractiva, bella y agradable aún para los ojos profanos.

Así ha sucedido en nuestros días con la historia novelizada por Chatrian; con la paleontología, poetizada por Quisiet; con la geografía embellecida por las fecundas imaginaciones de Lamartine, Byron y Chateaubriand; con la física é historia natural, amenizada bajo la forma de verosímiles narraciones, por el admirable genio de Vernes; con la Psicología, fantaseada por Edgart Poé; con la astronomía, cantada en prosa por el colosal talento de Camilo Flammarión; y aún con la Medicina, novelizada también por nuestro querido compatriota y valenciano doctor Amalio Gimeno.

«*El habitante de la sangre*» de Gimeno, es una obrita interesantísima, rica en imágenes, nutrida de hermosos pensamientos, de un estilo grandilocuente, sembrada de poéticas frases; en una palabra, se muestra la magestuosa y severa imagen de la ciencia, vestida con el manto celestial de la más fecunda poesía.

Yo encuentro en esta obrita, la más hermosa radiación del genio del doctor Gimeno; mientras que en «*La estética en las ciencias médicas*» del mismo, ya no veo la originalidad de ideas de la otra, sino un destello de la imaginación de Flammarión; una copia de muchas de sus ideas; un plagio en el fondo, pero abrigado con galana frase y profundos conceptos.

La prioridad de haber novelizado la ciencia médica, colocará sobre las sienes del doctor Gimeno el laurel de la inmortalidad. Este género singular de cultivar la literatura, encontrará en lo sucesivo eco en inteligencias elevadas y grandes, que harán brotar lozanas y encantadoras flores en el campo médico.

Y pidiendo al lector mil perdones por esta larga digresión, voy á continuar.....

Decía en el número anterior, que la teoría de las inoculaciones preventivas constituye la más bella esperanza de la Medicina del porvenir.

Esta teoría está basada en la atenuación de los virus, para que inoculados produzcan una enfermedad, atenuada también, que preserve al sujeto que la reciba.

Nada os debo decir de los trabajos que se han llevado á cabo con este objeto, ni os puedo describir la variedad de bacterias encontradas; pues sería tarea larga é impropia de este sitio. El que quiera ilustrarse sobre este punto, que consulte los modernos trabajos de Pasteur, de Tyndall, Davaine, Lemaire, Cohn y otros menos importantes.

Yo sólo debo decir las enfermedades que reconocen por causa los microbios, para deducir de su enumeración lo que será la medicina venidera.

J. Chillida Meliá.

Continuará.

CRÓNICA

El señor Mascaró, doctor en medicina y cirugía, distinguido oftalmólogo que ejerce en Lisboa, ha vuelto á escribirnos con fecha 7 del corriente sobre la misma ya muy enojosa cuestión de la reciprocidad en el ejercicio de la profesión entre los médicos españoles y portugueses, de que algunas veces nos hemos ocupado, reclamando los derechos que deben concederse á nuestros compatriotas, como se conceden á los lusitanos, y por última vez manifestamos al doctor Mascaró que si en las Córtes no se arregla como procede y debe arreglarse este asunto, no encontramos medio hábil de que se arregle, pues es verdaderamente anómalo, raro y misterioso lo que está sucediendo; de modo que si cree dicho señor que hay algun otro medio de arreglarlo, y nosotros, como toda la prensa médica española, podemos contribuir á ello, no dude que lo haremos con mucho gusto, pues que toda, sin excepción alguna ha protestado ya contra esta falta de equidad y de justicia para con los médicos españoles.

En muchos pueblos de esta provincia, en los cuales hace poco tiempo ya ocasionó gran número de defunciones el sarampión, se observan algunos casos de viruela.

Llamamos sobre ello la atención de las autoridades para que no emitan nada que pueda contribuir á desvanecer el peligro de una terrible epidemia que nos amenaza.

Publicación recibida

La oficina de farmacia española, segun Dorvault.—Segundo suplemento de la segunda série, *Anuario farmacéutico-médico*, redactado en presencia de los periódicos, formularios y obras más modernas publicadas en España y el Extranjero, por los señores don Pedro Espina y Martínez, ex-alumno interno, premio extraordinario del antiguo Colegio de San Carlos, médico por oposición del hospital general de Madrid, Cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia, etc., etc.; don Juan R. Gomez Pamo, doctor en Farmacia, premio extraordinario de esta facultad, premiado con medalla de oro por el Colegio de Farmacéuticos de esta Corte, etc., y don Antonio Espina y Capo, premio extraordinario de la Facultad de Medicina de Madrid (curso de 1882), médico por oposición del hospital general de Madrid, inspector de Salubridad pública por oposición, etc.—Un tomo en 4.º mayor, á dos columnas, de unas 360 páginas.